

UN CORAZÓN DIVIDIDO

Volumen 1 – Sermón No. 276

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
25 DE SEPTIEMBRE DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“Está dividido su corazón. Ahora serán hallados culpables”
Oseas 10:2***

Este pasaje puede tomarse como referido al pueblo de Israel como nación, y no es menos aplicable a la iglesia de Dios. Uno de los grandes y graves defectos de la iglesia de Cristo en la actualidad es que no sólo está dividida en su credo y en su práctica de las ordenanzas, sino que también está dividida en su corazón. Cuando las diferencias son de tal carácter, que como pueblo de Dios todavía podemos amarnos unos a otros, y todavía unirnos en la batalla común contra la causa del mal y en el fin común de edificar la iglesia, entonces es poco lo que está defectuoso.

Pero cuando nuestras divisiones doctrinales llegan a ser tan grandes que dejamos de cooperar, cuando nuestras opiniones sobre meras ordenanzas llegan a ser tan ácidas unas hacia otras que ya no podemos extender la diestra de la comunión a los que difieren de nosotros, entonces en verdad se encuentra defectuosa la iglesia de Dios. "Una casa dividida contra sí misma no puede permanecer". Ni siquiera Belcebú, con toda su astucia, puede mantenerse en pie cuando sus huestes están divididas. Si Belcebú está dividido contra sí mismo, incluso él debe caer, y ciertamente este debe ser el caso de aquellos que carecen de esa astucia que podría tender a superar la desunión.

Oh, hermanos míos, nada puede derribar tan pronto a la iglesia de su alto lugar, estropear sus glorias y disminuir sus oportunidades de éxito, como las divisiones entre los corazones del pueblo de Dios. Si queremos contristar al Espíritu Santo y hacer que se vaya, si queremos provocar la ira del Altísimo y hacer que caigan providencias difíciles sobre las iglesias, no tenemos nada que hacer sino estar divididos en nuestros corazones y todo se cumplirá.

Si deseamos que cada frasco vacíe su mal, y que cada vasija retenga su aceite, no tenemos más que alimentar nuestras disputas hasta que se conviertan en animosidades, no tenemos más que alimentar nuestras animosidades hasta que se conviertan en odios, y todo el trabajo estará completamente terminado.

Y si este es el caso en la iglesia en general, es peculiarmente cierto en esas varias secciones de ella que ahora llamamos Iglesias Apostólicas.

Oh, hermanos míos, la iglesia más pequeña del mundo es poderosa para el bien cuando tiene un solo corazón y una sola alma, cuando el pastor, los ancianos, los diáconos y los miembros están unidos por un cordón triple que no puede romperse. Entonces son poderosos contra todo ataque. Pero por grande que sea su número, por enorme que sea su riqueza, por espléndidos que sean los talentos de que estén dotados, son impotentes para el bien en el momento en que se dividen entre sí. La unión hace la fuerza. Bendito sea el ejército del Dios viviente en el día en que salga a la batalla con una sola mente, y cuando sus soldados, como el paso de un solo hombre, en marcha indivisa, avancen hacia el ataque.

Pero una maldición aguarda a esa Iglesia que corre de aquí para allá y que, dividida en sí misma, ha perdido el principal sostén de su fuerza con el que debería batallar contra el enemigo. La división corta las cuerdas de nuestros arcos, quiebra nuestras lanzas, desjarretan nuestros caballos y queman nuestros carros en el fuego. Estamos deshechos en el momento en que se rompe el vínculo del amor. Si este vínculo perfecto se corta en dos, caemos y nuestra fuerza desaparece. Por la unión vivimos, y por la desunión morimos.

Me propongo, sin embargo, tomar el texto esta mañana especialmente con referencia a nuestra condición individual. Examinaremos el corazón individual separado de cada hombre. Si las divisiones en el gran cuerpo principal, si la separación entre las distintas clases de ese cuerpo promueve desastres, cuánto más desastrosa debe ser una división en ese reino mejor, el corazón del hombre.

Si se produce un tumulto civil en la ciudad de Mansoul, aunque ningún enemigo ataque sus murallas, se encontrará en una posición suficientemente peligrosa. Si la Isla de Man está gobernada por dos reyes, entonces está desorganizada, y pronto será destruida. Me dirijo esta mañana a algunos de quienes puede decirse: "Su corazón está dividido, ahora serán hallados culpables".

Y así me dirigiré a ustedes, en primer lugar notando una temible enfermedad, en segundo lugar, sus síntomas usuales, en tercer lugar, sus tristes efectos, y en cuarto lugar, sus consecuencias futuras.

I. Observen entonces que nuestro texto describe una **enfermedad temible**.

Su corazón está dividido. La he llamado una temible enfermedad, y esto se verá muy fácilmente si observan, en primer lugar, su origen. Afecta a una parte vital; no es meramente una enfermedad de la mano, que la reforma podría curar; no es meramente una enfermedad del pie, que la restricción podría a veces apaciguar; no es meramente una enfermedad del ojo, que sólo tiene que ser inclinado para dejar que la luz fluya sobre él.

Es una enfermedad de una región vital, del corazón, una enfermedad en una parte tan vital que afecta a todo el hombre. La extremidad más extrema del cuerpo sufre cuando el corazón se ve afectado, y especialmente afectado hasta el punto de dividirse.

No hay fuerza, no hay pasión, no hay motivo, no hay principio, que no se vicia, cuando una vez que el corazón está enfermo. De ahí que Satanás, que siempre es astuto, se esfuerce por golpear el corazón. Te dará la mano si quieres, puedes ser honesto. Te dará el ojo si quieres, serás exteriormente casto. Te dará el pie, si quieres, y aparentarás correr por el camino de la justicia. Sólo deja que se quede con el corazón, sólo deja que gobierne en la ciudadela, y se contentará con renunciar a todo lo demás.

John Bunyan describe esto como una de las condiciones que el viejo Diabolus, según se dice, puso con el rey Shaddai: "Oh", dijo, "renunciaré a toda la ciudad de Mansoul, si me permites vivir en la ciudadela del corazón". Ciertamente había poco en sus términos y condiciones. Ay, pero renuncia a todo lo demás, si retienes el corazón, lo retienes todo, ¡oh, demonio! pues del corazón salen los asuntos de la vida.

Así pues, la enfermedad de nuestro texto afecta a una parte vital, una parte que, una vez afectada, tiende a corromper toda la estructura. Pero observarán que la enfermedad aquí descrita no sólo se refiere a una parte vital, sino que la afecta de la manera más grave. No dice simplemente que el corazón palpita, no declara que los flujos de vida que salen de él se han vuelto más superficiales y menos rápidos, sino que declara algo peor que todo esto, a saber, que el corazón se partió en dos y se dividió completamente.

Un corazón de piedra puede convertirse en carne, pero si un corazón dividido se convierte en lo que quieras, mientras esté dividido, todo va mal. Nada puede ir bien cuando lo que debería ser un órgano se convierte en dos, cuando la única fuerza motriz comienza a enviar sus flujos vitales por dos canales diversos, y así crea luchas intestinas y guerras. Un corazón unido es vida para un hombre, pero si el corazón se parte en dos, en el sentido más elevado, profundo y espiritual, muere. Es una enfermedad que no sólo afecta a una parte vital, sino que la afecta de la manera más mortal.

Pero debemos observar de nuevo de este corazón dividido, que es una división en sí misma peculiarmente repugnante. Los hombres que la poseen no se sienten impuros; de hecho, visitarán a toda la sociedad, se aventurarán en la iglesia, propondrán recibir su comunión y ser contados entre sus miembros, y después irán y se mezclarán con el mundo, y no sentirán que se han vuelto deshonestos. Se consideran aptos para mezclarse con mundanos honestos, y también con cristianos sinceros.

Si un hombre tuviera manchas en el semblante, o alguna enfermedad que mirara a todos

los demás a la cara cada vez que se le viera, seguramente se retiraría de la sociedad y se esforzaría por mantenerse recluido. Pero no así el hombre con el corazón dividido. Va a todas partes, completamente inconsciente de que su enfermedad es del carácter más repugnante.

¿Quieres que te muestre cómo es esto? Tomen el espejo y miren el corazón del hombre, y discernirán que es repugnante, porque Satanás y el pecado reinan allí. Aunque el hombre anda por ahí y tiene suficientes ideas de lo que está bien y lo que está mal, para estar inquieto en su pecado, sin embargo tiene un amor tan intenso por toda clase de iniquidad, que permite que los repugnantes demonios vengan y habiten en su corazón.

Pero su repugnancia es peor que esto, porque todo el tiempo que está viviendo realmente en pecado, es un hipócrita repugnante, pretendiendo que es un hijo de Dios. De todas las cosas en el mundo que apestan en las narices de un hombre honesto, la hipocresía es la peor. Si eres un mundano, sé un mundano. Si sirves a Satanás, sírvele. Si Baal es dios, sírvele, pero no enmascaras tu servicio al yo y al pecado con un pretendido servicio a Dios.

Mostrad como sois, arrancaos las máscaras. La iglesia nunca fue hecha para ser una mascarada. Mostraos con vuestros verdaderos colores. Si prefieren el santuario de Satanás díganlo, y que los hombres lo sepan, pero si van a servir a Dios, sírvanle y háganlo de corazón, como conociendo a Aquel que es un Dios celoso y escudriña los corazones y prueba las riendas de los hijos de los hombres. Es una enfermedad terriblemente repugnante la de un corazón dividido. Si el hombre fuera conocido, su enfermedad es tan repugnante, que los hombres más malvados del mundo no tendrían nada que ver con él.

He conocido a veces casos de esto. Un hombre que pretendía ser religioso y asistía regularmente a su lugar de culto, es visto en una ocasión entrando en un salón de baile de la clase más baja. Comienza de inmediato a sumergirse en sus juergas, con las intenciones más perversas. Inmediatamente es observado. Se despiertan los sentidos rectos incluso de los propios malvados. El veredicto unánime es: "Echen a ese hombre a patadas", y él lo recibe, y bien merecido lo tiene.

Cuando un hombre tiene un corazón dividido, trata de hacer el bien y de hacer el mal, de servir a Dios y de servir a Satanás al mismo tiempo, digo que su enfermedad es de un carácter tan repugnante y degradado, que el mismo mundano, cuya lepra está en su frente, lo desprecia, lo odia y lo evita.

Y además, no sólo es una enfermedad repugnante, sino que debo señalar que siempre es difícil de curar, porque es crónica. No es una enfermedad aguda, que trae consigo dolor, sufrimiento y pena, sino que es crónica, se ha metido en la naturaleza misma del hombre. Un corazón dividido, ¿cómo se llega a eso? Si fuera una enfermedad en cualquier otra parte, la

lanceta podría descubrirla, o alguna medicina podría curarla. Pero, ¿qué médico puede unir un corazón dividido? ¿Qué hábil cirujano puede unir los miembros desorganizados de un alma que ha sido dividida entre Dios y las riquezas?

Esta es una enfermedad que entra en la naturaleza misma, y permanecerá en la sangre, aunque las medicinas más poderosas la busquen. De hecho, es una enfermedad que sólo la gracia omnipotente puede vencer. Pero no tiene gracia aquel cuyo corazón está dividido entre Dios y las riquezas. Es un enemigo de Dios, es una injuria a la iglesia, es un despreciador de la Palabra de Dios, es una gavilla madurando para la cosecha del fuego eterno. Su enfermedad está profundamente arraigada dentro de él, y si se le deja sola, llegará a un final espantoso: su final es la destrucción segura.

Debo observar una vez más, y luego dejaré este punto de la enfermedad, que de acuerdo al hebreo de mi texto, esta enfermedad es muy difícil de tratar, por el hecho de que es una enfermedad aduladora. El texto podría traducirse: "Su corazón los adula; ahora son hallados culpables". Hay muchos aduladores astutos en el mundo, pero el más astuto es el propio corazón del hombre.

El propio corazón de un hombre le halagará incluso acerca de sus pecados. Si un hombre es avaro y avaro, su corazón le halaga diciéndole que sólo practica hábitos comerciales correctos. Un hombre, por otro lado, es extravagante y gasta los buenos dones de Dios en sus propias malas pasiones, entonces su corazón le dice que es un alma generosa. El corazón convierte "lo dulce en amargo y lo amargo en dulce". Es tan "engañoso sobre todas las cosas" y tan "perverso" que tiene la insolencia de "poner las tinieblas por luz y la luz por tinieblas".

Ahora bien, cuando un hombre tiene el corazón dividido, generalmente se halaga a sí mismo. "Bien", dice, "es cierto que bebo demasiado, pero nunca rechazo una guinea para una obra de caridad. Es verdad", dice, "que no soy ciertamente lo que debiera ser en mi carácter moral, pero aun así, vean con cuánta regularidad asisto a mi iglesia o capilla. Es cierto", dice, "que de vez en cuando no me importa una trampa o dos en mi oficio, pero siempre estoy dispuesto a ayudar a los pobres". Y así se imagina que borra un rasgo malo de su carácter con uno bueno, y halaga así su corazón.

Y vean cuán satisfecho y contento de sí mismo está. El pobre hijo de Dios está probando su propio corazón con la más profunda ansiedad posible, este hombre no conoce tal cosa. Siempre está plenamente seguro de que tiene razón. El verdadero creyente se sienta y revisa sus cuentas día tras día para ver si realmente está en el camino al cielo o si se ha equivocado de evidencia y ha sido engañado. Pero este hombre, satisfecho de sí mismo, se venda los ojos y camina deliberadamente, cantando a cada paso, directo a su propia destrucción.

Ahora conozco a algunos de ellos. No me bastará con decir cuál es su carácter, a menos que Dios el Espíritu Santo les abra los ojos. Estarán seguros de no conocer su propia semejanza, aunque yo la pintara hasta la vida misma, y pusiera cada toque y cada trazo, y sin embargo dirán: "Ah, él no podría referirse a mí. Soy tan bueno y tan piadoso, que no pudo haber referencia a mí en nada de lo que dijo".

¿Conoces a una clase de personas que ponen unas caras tremendamente largas, que siempre parecen muy serias, que hablan el inglés con una especie de acento untuoso, que dan una pronunciación sabrosa a cada palabra que pronuncian? Cuidado con ellos. Cuando un hombre lleva toda su religión en la cara, generalmente no tiene más que una reserva muy pequeña en su corazón. Esos comerciantes que exhiben tanto en sus vitrinas, frecuentemente tienen muy poco detrás. Lo mismo sucede con estos profesantes, nadie podría saber que son religiosos, así que se etiquetan a sí mismos para que no te equivoques.

Uno pensaría que son mundanos, si no fuera por su apariencia santurrón. Pero poniéndose eso, piensan deslizarse por el mundo con crédito. Espero que no estén imaginando que serán aceptados ante el tribunal de Dios y engañarán al Omnisciente. ¡Ay de ellos! Su corazón está dividido.

Esta no es una enfermedad poco común, a pesar de su repugnancia y su terrible fatalidad. Está muy extendida en nuestros días, decenas de miles de ingleses considerados buenos y honorables la padecen. Toda su cabeza está enferma, y todo su corazón desfalleciente por el hecho de que su corazón está dividido. Les falta el valor para ser pecadores cabales, y no tienen la sinceridad suficiente para ser personas verdaderamente devotas de Dios.

II. Habiendo descrito así la enfermedad, procedo a señalar sus ***síntomas usuales***.

Cuando el corazón de un hombre está dividido, uno de los síntomas más frecuentes es la formalidad en su culto religioso. Tal vez conozcáis a algunos hombres que son creyentes muy estrictos de una cierta forma de doctrina, y muy grandes admiradores de una cierta forma de gobierno eclesiástico. Observarás que desprecian, aborrecen y odian por completo a todos los que difieren de sus predilecciones. Aunque la diferencia no sea más que una jota o una tilde, se levantarán y lucharán por cada rúbrica, defenderán cada viejo clavo oxidado en la puerta de la iglesia, y pensarán que cada sílaba de su peculiar credo debe ser aceptada sin desafío. "Como era en el principio, así debe ser ahora, y así debe ser siempre hasta el fin".

Ahora bien, es una observación que su experiencia probablemente justifique, como ciertamente lo hace la mía, que en su mayoría estas personas defienden tan ferozmente la forma, porque al carecer del poder, eso es todo lo que tienen para jactarse.

No tienen fe, aunque tienen un credo. No tienen vida interior, y la suplen con ceremonias externas. ¿Qué es de extrañar, por tanto, que defiendan ferozmente eso?

El hombre que sabe cuán preciosa es la vida de piedad, el hombre que comprende su vitalidad, su poder profundamente arraigado en el corazón, también ama la forma, pero no como ama el Espíritu. Aprueba la letra, pero le gusta más la médula. Es propenso, tal vez, a pensar menos en las formas de lo que debería, pues se mezclará primero con un cuerpo de cristianos sinceros y luego con otro, y dirá: "Si puedo gozar de la presencia de mi Señor, poco me importa dónde me encuentre. Si tan sólo puedo encontrar el nombre de Cristo ensalzado, y Su sencillo Evangelio predicado, esto es todo lo que deseo".

No así el hombre cuyo corazón está dividido, que no tiene alma en la piedad. Es intolerante hasta el extremo, y bien, lo repito, puede ser, pobre hombre, todo lo que tiene es la cáscara vacía. ¿Qué maravilla, pues, que esté dispuesto a luchar por ella? Notarán que muchas personas son puntillosas incluso con respecto a la forma de nuestro simple culto. Ellos quieren que siempre se observe, no simplemente un comportamiento reverente en la casa de Dios, sino algo más que mera reverencia, debe haber un temor abyecto, servil y tiránico en los corazones de todos los que están reunidos. Tendrán que cada jota y tilde de nuestra adoración siempre debe ser conducida con un cierto decoro tradicional.

Ahora bien, estas personas, frecuentemente o no, no saben nada en absoluto del poder de la piedad, y sólo contienden por estas pequeñas cáscaras porque no tienen el grano. Luchan por la superficie aunque nunca han descubierto "las profundidades que yacen debajo". No conocen los preciosos minerales que yacen en las ricas minas del Evangelio, y por lo tanto la superficie, aunque esté cubierta de malezas y cardos, es suficiente para ellos. La formalidad en la religión es muy a menudo un rasgo en el carácter de un hombre que tiene un corazón dividido.

Pero éste, tal vez, no sea el síntoma más prominente. Otra marca en el carácter de un hombre así es su inconsistencia. No debes verlo siempre, si quieres tener una buena opinión de él. Debe tener cuidado con los días en que lo visitas. Visítenlo un domingo, y lo encontrarán como un santo; no lo visiten un día de reposo por la noche, pues tal vez lo encuentren muy parecido al peor de los pecadores.

¡Oh! de todos los hombres del mundo por quienes más temo, porque conozco su peligrosa y engañosa posición, son aquellos entre ustedes que tratan con todas sus fuerzas de seguir a la iglesia y, sin embargo, siguen al mundo. Podéis subir y cantar los himnos sagrados de Sión una noche, y en otra ocasión podéis ir a vuestras guaridas y cantar una canción profana y lasciva. Puedes beber un día en la mesa del Señor y otro día en la mesa de los demonios. Parece que primero corres con el pueblo de Dios en Su servicio, y luego corres con la multitud

para hacer el mal.

Ah, hombres y hermanos, este es en verdad un hecho terrible, un índice terrible de una enfermedad espantosa. Debes tener un corazón dividido si llevas una vida inconsistente. Es una feliz circunstancia cuando un ministro puede creer de su iglesia que no tiene ningún hipócrita entre todos, pero me atrevo a decir, aunque con el más profundo dolor, que esto es más de lo que yo podría creer de una iglesia tan grande como la que estoy llamado a presidir.

Ah, amigos, es posible que algunos de ustedes practiquen pecados no vistos por el ojo de su pastor. Ni el anciano ni el diácono los han descubierto. Han sido astutos en su iniquidad. Tal vez su pecado es de tal orden que la disciplina de la iglesia fracasaría por completo en tocarlo. Usted sabe, sin embargo, y su conciencia se lo dice, que su vida no es consistente con su profesión.

Te imploro, por el Dios viviente, ante el cual tú y yo debemos estar en el último gran día cara a cara en Su tremendo tribunal, que renuncies a tu profesión, o seas fiel a ella. Deja de llamarte cristiano, o sé cristiano en verdad. Busquen más gracia, para que puedan vivir a la altura del ejemplo de su Señor, o de lo contrario les suplico, y háganlo honestamente, y si me tomaran la palabra, me regocijaría de que lo hubieran hecho, renuncien a su membresía, y no hagan más profesión de piedad. Una vida inconsistente, digo, es una señal segura de un corazón dividido.

Y además, debo observar que hay otra señal de un corazón dividido, a saber, la variabilidad en el objeto. Podría describirles un carácter con el que se han encontrado a menudo en su vida. Un hombre que asiste a una reunión pública sobre algún asunto religioso es presa de un repentino entusiasmo por hacer el bien. Si no quiere ser él mismo un misionero entre los paganos, se compromete a dedicar parte de sus bienes a la causa, y durante la siguiente semana no habla de otra cosa que de la empresa misionera.

Poco después asiste a una reunión política, y lo único que tiene ante sí es la reforma de la política. Una semana más y le llaman para que asista a una comisión sanitaria, y ahora no necesita nada más que un drenaje adecuado.

La religión, la política, la economía social, cada una por su lado, y todo lo demás debe dejar paso al último tema que ha absorbido su atención. Estos hombres corren primero en una dirección y luego en otra. Su religión es espasmódica. Se dejan llevar por ella como los hombres se dejan llevar por una agonía. Tiemblan por ataques, y luego se calman. A veces están calientes y febriles, y al instante están fríos y acatarrados. Adoptan su religión, y luego la vuelven a abandonar.

¿Qué prueba esto acerca de ellos, sino que tienen un corazón dividido, y son a los ojos de

Dios personas enfermas y repugnantes, que nunca verán Su rostro con gozo?

Para concluir la lista de síntomas. Una vez más, la frivolidad en la religión es a menudo señal de un corazón dividido, y aquí me dirijo más inmediatamente a los de mi edad. Tal vez sea un pecado demasiado común entre los jóvenes tratar la religión con un aire ligero y frívolo. Hay una seriedad que conviene, especialmente en los cristianos jóvenes. La alegría debe ser el objetivo constante de los ancianos. Su tendencia es hacia la tristeza. Tal vez una seriedad y solemnidad adecuadas deberían ser el objetivo del creyente joven, cuya tendencia será más bien a la frivolidad que al abatimiento.

Oh, hermanos míos, cuando hablamos de cosas religiosas con ligereza, cuando citamos textos de la Escritura para hacer chistes sobre ellos, cuando nos acercamos a la mesa del Señor como si no fuera más que un banquete común, cuando nos acercamos al bautismo como si no fuera más que una observancia ordinaria, acerca de la cual no se encuentra ninguna solemnidad, entonces me temo que probamos que nuestro corazón está dividido.

Y sé que cualquier alma consciente de su culpa, si realmente ha sido llevada a conocer el amor de Cristo, siempre se acercará a las cosas sagradas de una manera sagrada. No venimos a la mesa del Señor con ligereza de corazón. Ha habido ocasiones en que nos ha parecido un asunto demasiado solemne para venir en absoluto, y en cuanto al bautismo, el que viene al bautismo sin haber escudriñado su corazón, sin haber examinado bien sus motivos y sin verdadera devoción de espíritu, viene totalmente en vano. Así como el comulgante equivocado puede comer y beber condenación para sí mismo, así el que se bautiza así equivocadamente puede recibir condenación en vez de bendición. La frivolidad de espíritu es a menudo señal de un corazón dividido.

III. Esto nos lleva al tercer punto, los ***tristes efectos*** de un corazón dividido.

Cuando el corazón de un hombre está dividido, es a la vez todo lo malo. Con respecto a sí mismo, es un hombre infeliz. Quién puede ser feliz mientras tiene poderes rivales dentro de su propio pecho. El alma debe encontrar un nido para sí misma, o de lo contrario no puede encontrar descanso. El pájaro que buscara descansar sobre dos ramitas nunca tendría paz, y el alma que se esfuerza por encontrar dos lugares de descanso, primero el mundo y luego el Salvador, nunca tendrá alegría ni consuelo.

Un corazón unido es un corazón feliz, por eso dice David: "Une mi corazón para que tema tu nombre". Los que se entregan enteramente a Dios son un pueblo bienaventurado, porque descubren que los caminos de la religión son "caminos agradables, y todas sus sendas son paz". Los hombres que no son ni esto ni aquello, ni una cosa ni otra, son siempre inquietos y miserables. El temor a ser descubierto y la conciencia de estar equivocado conspiran juntos

para agitar el alma y llenarla de inquietud, enfermedad y desasosiego de espíritu. Tal hombre es infeliz en sí mismo.

En segundo lugar, es inútil en la iglesia. ¿De qué nos sirve un hombre así? No podemos ponerlo en el púlpito para que proclame el Evangelio que no practica. No podemos ponerlo en el diaconado para que sirva a la iglesia que su vida arruinaría. No podemos encomendar a su cargo los asuntos espirituales de la iglesia en el ancianato, porque discernimos que no siendo espiritual él mismo, no se le deben confiar.

En ningún aspecto es bueno para nosotros. "Plata reprobada los llamarán los hombres". Su nombre puede estar en el libro de la iglesia, pero sería mejor quitarlo. Puede sentarse entre nosotros y darnos su contribución, estaríamos mejor sin ella y sin él que con ninguno de los dos, aunque duplicara su talento y triplicara sus contribuciones. Sabemos que ningún hombre que no esté unido en su corazón vital y enteramente a Cristo, no podrá ser jamás del menor servicio a la iglesia de Dios.

Pero no sólo eso, es un hombre peligroso para el mundo. Un hombre así es como un leproso que va por ahí en medio de gente sana propagando la enfermedad. El borracho es un leproso apartado de sí mismo, que comparativamente hace poco daño, pues en su embriaguez es como el leproso cuando es expulsado de la sociedad. Su misma embriaguez grita: "¡Inmundo, inmundo, inmundo!".

Pero este hombre es profesante de religión y, por lo tanto, tolerado. Dice que es cristiano, y por lo tanto es admitido en toda sociedad, y sin embargo en su interior está lleno de podredumbre y engaño. Aunque por fuera esté blanqueado como un sepulcro, es más peligroso para el mundo, digo yo, que el más vicioso de los hombres. Amárrenlo, que no ande suelto, constrúyanle una prisión. Pero, ¿qué estoy diciendo? Si quisierais construir una prisión para hipócritas, todo Londres no bastaría como terreno para las prisiones.

Oh, hermanos míos, a pesar de la imposibilidad de atarlos, digo que el perro más rabioso en el tiempo más caluroso no es ni la mitad de peligroso para los hombres que un hombre que tiene un corazón dividido, uno que corre con el veneno rabioso de su hipocresía en sus labios, y destruye las almas de los hombres por la contaminación.

No sólo infeliz él mismo, inútil para la iglesia y peligroso para el mundo, sino que es despreciable para todo el mundo. Cuando es descubierto, nadie lo recibe. Apenas el mundo lo reconocerá, y la iglesia no tendrá nada que administrarle excepto su censura.

Sin embargo, la consideración más solemne es que este hombre es un réprobo a los ojos de Dios. A los ojos de la pureza infinita, es uno de los seres más odiosos y detestables. Su

corazón está dividido. Un Dios puro y santo odia, en primer lugar, su pecado, y en segundo lugar, las mentiras con que trata de encubrirlo. Oh, si hay un lugar donde los pecadores son más repugnantes para Dios que en cualquier otro lugar, es en Su iglesia.

Un perro en su perrera está bien, pero un perro en la sala del trono está fuera de lugar. Un pecador en el mundo es suficientemente malo, pero en la iglesia es espantoso. Un loco en un manicomio es una criatura digna de compasión, pero un loco que protesta que no está loco, y se mete entre nosotros para obtener medios de hacer daño, no sólo es digno de compasión, sino que debe ser evitado, y necesita ser refrenado.

Dios odia el pecado en cualquier parte, pero cuando el pecado pone sus dedos sobre Su altar divino, cuando viene y pone su mano insolente sobre el sacrificio que está ardiendo allí, entonces Dios lo desprecia de Él con repugnancia. De todos los hombres, quienes están en el lugar más probable para recibir el rayo más poderoso, y el relámpago más terrible, esos son los hombres que tienen un corazón dividido, y profesan servir a Dios mientras con sus almas están sirviendo al pecado.

Ten cuidado, pecador, ten cuidado, corriendo en tu pecado encontrarás castigo, pero después de todo, oh hipócrita, mira bien tus caminos, pues tu pecado y tu mentira juntos harán caer una terrible y rápida destrucción sobre tu devota cabeza.

IV. En conclusión, tengo que dirigirles algunas observaciones con respecto al **castigo futuro** del hombre cuyo corazón está dividido, a menos que sea rescatado por una gran salvación.

Me he esforzado por predicar fielmente esta mañana, tan fielmente como he podido, pero estoy consciente de que muchos de los hijos de Dios no encuentran alimento en un sermón como éste, ni es mi intención que lo encuentren. No es correctamente posible mezclar el tamiz de la criba con el celemín del Evangelio. No podemos traerles el trigo y el tamiz también.

Esta mañana he tratado de tomar el abanico ministerialmente en mi mano, y purgar a fondo este suelo, en el nombre de Aquel que será el gran "Purgador" en el último día. Todos lo necesitamos, lo sepamos o no. El mejor cristiano necesita a veces cuestionarse sus motivos. Y cuando los hijos de Dios no son alimentados, a menudo es más provechoso para ellos ser llevados a examinarse a sí mismos, que lo que sería si tuvieran alguna rica promesa de la cual alimentarse.

Oyentes míos, de tan vasto número esta mañana, ¿no hay entre ustedes ninguno con el corazón dividido? ¿Es posible que toda esta congregación esté formada por cristianos sinceros, verdaderamente iluminados, llamados y salvos? ¿No hay un solo hombre que,

confundiendo su lugar, se ha puesto entre las ovejas cuando debería haber estado entre las cabras? ¿No hay aquí un solo hombre que, sin equivocarse, se ha atrevido impudicamente a meterse en el número de los sacerdotes de Dios, cuando en realidad es un adorador de Baal? Permítanme, pues, en último lugar, para cumplir fielmente mi misión, describir la terrible condición del hipócrita cuando Dios venga a juzgar al mundo.

Viene con descarado, viene en medio de la congregación de los justos. Del trono ha salido el mandato: "Recoged primero la cizaña". Él oye el mandato, y sus mejillas no palidecen. Su insolencia continúa con él incluso ahora. Todavía llamaría a la puerta y diría: "¡Señor! Señor, ábreme". El ángel divisor vuela. Terror hay en el rostro de los impíos, pues a la izquierda la cizaña está atada en manojos para arder. Imagínese, sin embargo, la consternación aún mayor de este individuo, que, de pie en medio de ministros, santos y apóstoles, de repente se encuentra a punto de ser espigado de ellos.

Con un tremendo golpe, como un águila que desciende de su elevada altura, el ángel de la muerte se abalanza sobre él, lo arrebató y lo reclama como suyo. "Eres", dice el ángel negro, "eres una cizaña. Has crecido junto al trigo, pero eso no ha cambiado tu naturaleza. El rocío que cae sobre el trigo ha caído sobre ti, el sol que brillaba sobre él también lo has disfrutado, pero sigues siendo una cizaña, y tu destino sigue siendo el mismo. Serás atado con el resto en atados para ser quemado".

Oh oyente, ¡cuál ha de ser su consternación cuando con mano poderosa ese ángel lo arranque de raíz se lo lleve, y el que se creía santo quede ligado a los pecadores para su destrucción!

Y ahora imagina la recepción que encuentra. Es llevado en medio de los malvados, los malvados a quienes una vez había reprendido con lengua farisaica. "Aquí viene", dicen ellos, "el hombre que nos instruyó, el buen hombre que nos enseñó a hacer mejor, aquí viene él mismo, descubierto al fin que no es mejor que aquellos a quienes despreciaba". Y entonces imaginen, si se atreven, el calabozo interior, los asientos reservados de esa morada de fuego, y la cadena más pesada de la desesperación; imaginen, digo, si pueden, la terrible destrucción, terrible más allá de cualquier otra, que abrumará al hombre que en este mundo engañó a la iglesia y deshonoró a Dios, pero que ahora es descubierto para su vergüenza.

Los pecadores comunes tienen la cárcel común, pero este hombre será empujado a la cárcel interior, y atado al cepo de la desesperación. Temblad profesantes, temblad, vosotros que sois mitad y mitad hombres religiosos, temblad, vosotros que fingís temer a Dios, pero como los samaritanos, adoráis a vuestros ídolos. Temblad ahora, no sea que vuestro temblor os sobrevenga en un día en que no os deis cuenta de ello, cuando anheléis que las rocas os oculten, y que los montes os cubran, pero estaréis sin refugio en el día del furor de la ira del

Dios de toda la tierra.

Y ahora, no puedo despedirlos sin predicar el Evangelio por un momento o dos. Tengo, tal vez, a alguien aquí que está diciendo: "Señor, mi corazón no sólo está dividido, sino que está quebrantado". Ah, hay una gran diferencia entre un corazón dividido y un corazón quebrantado. El corazón dividido está cortado en dos, el corazón quebrantado está roto en pedazos, todo partido, y sin embargo no está dividido. Está todo hecho pedazos, en un sentido, en cuanto a su orgullosa esperanza, y está derretido, en otro sentido, en cuanto a su ferviente anhelo de ser salvado.

Pobre corazón roto, no te estaba reprendiendo. ¿Deseas esta mañana que tus pecados sean quitados? Entonces desde el fondo de tu pobre corazón quebrantado clama hoy: "Señor, sálvame de la hipocresía. Sea lo que sea, no permitas que me crea uno de los tuyos si no lo soy". Exhalas esta oración a Dios: "Señor, hazme verdaderamente Tuyo. Ponme entre Tus hijos. Permíteme llamarte 'mi Padre', y no alejarme de Ti. Dame un corazón nuevo y un espíritu recto, lávame en la sangre de Cristo, y hazme limpio. Haz de mí lo que Tú quieres que sea, y te alabaré para siempre".

Recuerda, mi querido oyente, que si ese es el deseo de tu corazón, en este día se te pide que creas que Cristo es capaz de salvarte, que está dispuesto a salvarte, que está esperando tener misericordia de ti, y que está más listo para otorgar misericordia de lo que tú estás para recibirla.

Por tanto, se te ordena que confíes en Él, pues todos tus pecados han sido castigados en Él como tu fianza, y por causa de Cristo, Dios está dispuesto ahora a recibirte, ahora a bendecirte. Acércate a Él esta mañana. Levanta tu mirada hacia Aquel que murió en el madero. Pon tu confianza en Aquel que es mi Redentor, y tu Redentor también, deja que la sangre que fluye de Su costado sea recibida en tu corazón. Abre tus pobres heridas y di: "Maestro mío, cúrame estas heridas. ¡Oh, Jesús! No conozco otra confianza. Si Tú me salvas, no conoceré otro amor. Mi corazón es indiviso en su amor, mira sólo a Ti, pronto será indiviso en su gratitud, pues te alabaré a Ti y sólo a Ti".

Pobre penitente de corazón quebrantado, no dije mal cuando me contradije al decir: "Aunque tu corazón está quebrantado, no está dividido". Tráelo tal como es y di: "Señor, recíbeme por la sangre de Cristo, y permíteme ser Tuyo ahora, y Tuyo para siempre, por Jesús". Amén.